

MISERICORDIA

1. Compasión de las miserias ajenas
2. Especialmente con los «hermanos en la fe»
3. El tiempo de la misericordia
4. Justicia y misericordia
5. El Señor tendrá misericordia con quien es misericordioso
6. Obras de misericordia
7. Frutos de la misericordia

MISERICORDIA DIVINA

1. Supera cualquier medida humana
2. Acudir siempre a la misericordia de Dios. Confianza
3. El pecador y la misericordia divina
4. María, Madre de la misericordia

1. Compasión de las miserias ajenas

(Es) la tristeza del mal ajeno, pero en cuanto se estima como propio (SANTO TOMAS, Suma Teológica, 1-2, q. 35, a. 8).

Por misericordia se entiende aquí no sólo la que se practica a través de las limosnas, sino la que produce el pecado del hermano, ayudando así unos a otros a llevar la carga (SAN JERÓNIMO, en Catena Aurea, vol. I, p. 248).

(Se llama misericordia a) cierta compasión de la miseria ajena nacida en nuestro corazón, que nos impulsa a socorrerla si podemos (SAN AGUSTIN. La Ciudad de Dios, 9).

Se llama misericordioso al que [...] considera la desgracia de otro como propia, y se duele del mal de otro como si fuera suyo (SAN REMIGIO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 248).

La misericordia no se queda en una escueta actitud de compasión: la misericordia se identifica con la superabundancia de la caridad que, al mismo tiempo, trae consigo la superabundancia de la justicia. Misericordia significa mantener el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado,

generoso (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 232).

355 Quien practique la misericordia—dice el Apóstol—, que lo haga con alegría: esta prontitud y diligencia duplicarán el premio de tu dádiva. Pues lo que se ofrece de mala gana y por fuerza no resulta en modo alguno agradable ni hermoso (SAN GREGORIO NACIANCENO, Disert. 14 sobre amor a los pobres).

2. Especialmente con los «hermanos en la fe»

Con esto no queremos decir que no se deba dar limosna a los judíos pobres, ni a los gentiles, ni a ningún pobre de cualquier nación que sea; sino que prefiramos los pobres cristianos y creyentes a los incrédulos, y distingamos entre los mismos cristianos a los santos de los pecadores. De aquí viene que el apóstol San Pablo exhorte a hacer obras de caridad a todos los pobres, sin distinción, pero especialmente a los domésticos en la misma fe (Gal 6, 10). Doméstico de la fe es quien está unido a ti por el vínculo de la misma religión y no le separan sus pecados de la comunidad de la fe. Pues si el apóstol nos manda que si nuestros enemigos tienen hambre les demos de comer, y si tienen sed les demos de beber, y obrando así reunamos carbones encendidos sobre sus cabezas (Rom. 12, 20), ¿cuánto más habremos de asistir a aquellos que no son enemigos nuestros, sino cristianos y santos? (SAN JERÓNIMO, Epístola 120 a Hebidia; PL 22, 983 ss.).

[...] mirad, ciertamente, por todos los indigentes con benevolencia general, pero acordaos especialmente de los que son miembros del Cuerpo de Cristo y nos están unidos por la unidad de la fe católica. Pues más debemos a los nuestros por la unión en la gracia que a los extraños por la comunidad de naturaleza (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 89).

3. El tiempo de la misericordia

Las palabras de la lección sagrada (parábola del mal rico y del pobre Lázaro) deben enseñarnos a cumplir los preceptos de la caridad. Todos los días, si lo buscamos, hallamos a Lázaro, y aunque no le busquemos le tenemos a la vista [...] No perdáis el tiempo de la misericordia (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 40 sobre los Evang.).

Ya ves qué bueno es nuestro negocio con los pobres; éstos no se encuentran allá (en la otra vida), sino aquí; por tanto, aquí es donde conviene hacer acoplo de aceite (de buenas obras de caridad) para que nos sirva allá, cuando Jesucristo nos llame (SAN JUAN CRISOSTOMO, en Catena Aurea, vol. III, p. 220).

Estas vírgenes no sólo eran necias porque descuidaron las obras de misericordia, sino también porque creyeron que encontrarían aceite en donde inútilmente lo buscaban. Aunque nada más misericordioso que aquellas vírgenes prudentes que por su caridad fueron aprobadas, sin embargo, no accedieron a la petición de las necias. De aquí aprendemos que a nadie podrán servirle otras obras que no sean las propias (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en *Catena Aurea*, vol. III, p. 219).

No perdáis la ocasión de hacer obras de misericordia, no ocultéis los remedios recibidos (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 40 sobre los Evang.).

4. Justicia y misericordia

La justicia y la misericordia están tan unidas que la una sostiene a la otra. La justicia sin misericordia es crueldad; y la misericordia sin justicia es ruina, destrucción (SANTO TOMÁS, en *Catena Aurea*, vol. 1, p. 247).

Amar la justicia no es otra cosa sino amar a Dios. Y como este amor de Dios va siempre unido al amor que se interesa por el bien del prójimo, el hambre de justicia se ve acompañada de la virtud de la misericordia (SAN LEÓN MAGNO, Sermón sobre las bienaventuranzas, 95).

[...] la misericordia se hace elemento indispensable para plasmar las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y de la recíproca fraternidad. Es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la medida de la justicia. Esta, en toda las esferas de las relaciones interhumanas, debe experimentar por decirlo así, una notable «corrección» por parte del amor que—como proclama San Pablo—es «paciente» y «benigno», o dicho en otras palabras, lleva en si los caracteres del amor misericordioso, tan esenciales al evangelio y al cristianismo. Recordemos además que el amor misericordioso indica también esa cordial ternura y sensibilidad, de que tan elocuentemente nos habla la parábola del hijo pródigo o la de la oveja extraviada o la de la dracma perdida. Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral (JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 14).

5. El Señor tendrá misericordia con quien es misericordioso

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dulce es el nombre de misericordia [...]. Todos los hombres la desean, mas, por desgracia, no todos obran de manera que se hagan dignos de ella; todos desean alcanzar misericordia, pero son pocos los que quieren practicarla (SAN CESÁREO DE ARLÉS, Sermón 25).

Tanto se complace Dios en nuestros actos de bondad para con los demás, que ofrece su misericordia solamente a quienes son misericordiosos (SAN HILARIO, en Catena Aurea, vol. I, p. 248).

Oh, hombre, ¿cómo te atreves a pedir, si tú te resistes a dar? Quien desee alcanzar misericordia en el cielo debe él practicarla en este mundo. Y por esto, ya que todos deseamos la misericordia, actuemos de manera que ella llegue a ser nuestro abogado en este mundo, para que nos libre después en el futuro. Hay en el cielo una misericordia, a la cual se llega a través de la misericordia terrena (SAN CESÁREO DE ARLÉS, Sermón 25).

Quizá existan algunos ricos que, aunque no suelen ayudar a los más necesitados de la Iglesia, sin embargo, guardan otros mandamientos divinos y estiman que ante sus diversos méritos de virtud y probidad es leve que les falte la misericordia. Pero ésta es de tanta importancia que sin ella las demás, aunque existan, para nada sirven. Pues aunque uno sea fiel, casto, sobrio y esté adornado de otras virtudes principales e insignes, sin embargo, si no es misericordioso, no merecerá la misericordia. Bienaventurados —dice el Señor—los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5, 7) (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 10).

6. Obras de misericordia

Las obras de misericordia son la prueba de la verdadera santidad (SANTO TOMÁS, en Catena Aurea, vol. II, p. 15).

Mejor sería que nadie tuviera hambre y no hubieses de dar pan a nadie. Suprime los menesterosos: ya están cumplidas las obras de misericordia; pero ¿el fuego del amor va a extinguirse por eso? (SAN AGUSTIN, Coment. 1.ª Epístola S. Juan, 8).

La caridad no se practica sólo con el dinero. Podéis visitar a un enfermo, hacerle un rato de compañía, prestarle algún servicio, arreglarle la cama, prepararle los remedios, consolarle en sus penas, leerle algún libro piadoso (SANTO CURA DE ARS, Sermón sobre la limosna).

Las obras de misericordia son variadísimas, y así todos los cristianos que lo son de verdad, tanto si son ricos como si son pobres, tienen ocasión de practicarlas en la medida de sus posibilidades; y aunque no todos puedan ser iguales en la cantidad de lo que dan, todos pueden serlo en su buena disposición (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 6 sobre la Cuaresma).

Dad limosna: esta palabra se refiere a todas las obras de misericordia, porque da limosna no sólo el que da de comer al que tiene hambre y otras necesidades por el estilo, sino también el que perdona a quien le falta y ruega por él, el que corrige a otro [...] (SAN BEDA, en Catena Aurea, vol. VI, p. 49).

El que ama al prójimo debe hacer tanto bien a su cuerpo como a su alma, y esto no consiste sólo en acudir al médico, sino también en cuidar el alimento, la bebida, el vestido, la habitación, y proteger el cuerpo contra todo lo que pueda resultar molesto [...]. Son misericordiosos los que ponen cortesía y humanidad al proporcionar lo necesario para resistir males y dolores [...]. ¿No sabéis que tener misericordia significa hacerse uno mismo miserable, condoliéndose del otro? (SAN AGUSTIN, Sobre las costumbres de la Iglesia Católica, 1, 28, 56).

No hay mejor misericordia que otorgar el perdón a quien nos ha ofendido (SANTO TOMÁS, Sobre la caridad, 1. c., p. 226).

7. Frutos de la misericordia

De dos modos podemos llevar la cruz del Señor: o afligiendo a nuestro cuerpo con la abstinencia o, por compasión al prójimo, considerando como nuestras sus necesidades. El que se conduele de las necesidades ajenas lleva la cruz en su corazón (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 3 7 sobre los Evang.).

Todo aquel que por amor se compadece de cualquier miseria ajena se enriquece, no sólo con la virtud de su buena voluntad, sino también con el don de la paz (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 6 sobre la Cuaresma).

El ayuno no da fruto si no es regado por la misericordia, se seca sin este riego; lo que es la lluvia para la tierra, esto es la misericordia para el ayuno (SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 43).

(La misericordia) es el lustre del alma, la enriquece y la hace aparecer buena y hermosa. El que piensa compadecerse de la miseria de otro, empieza a abandonar el pecado [...] (SAN AGUSTIN, en Catena Aurea, vol. VI, p. 48).

MISERICORDIA DIVINA

1. Supera cualquier medida humana

(La misericordia es) lo propio de Dios, y en ella se manifiesta de forma máxima su omnipotencia (SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 30, a. 4).

Dios se mostró magnánimo ante la caída del hombre y dispuso aquella victoria que iba a conseguirse por el Verbo. Al mostrarse perfecta la fuerza en la debilidad, se puso de manifiesto la bondad y el poder admirable de Dios (SAN IRENEO, Trat. contra las herejías, 3).

Os aseguro que habrá en el cielo gran alegría por un pecador que se convierta. Con este fin, a aquel hombre que cayó en manos de los ladrones, que lo desnudaron, lo golpearon y se fueron dejándolo medio muerto, El lo reconfortó, vendándole las heridas, derramando en ellas aceite y vino, haciéndole montar sobre su propia cabalgadura y acomodándolo en el mesón para que tuvieran cuidado de él, dando para ello una cantidad de dinero y prometiendo al mesonero que, a la vuelta, le pagaría lo que gastase de más (SAN MÁXIMO, Carta 11).

Se da prisa en buscar la centésima oveja que se había perdido [...] ¡Maravillosa condescendencia de Dios que así busca al hombre; dignidad grande la del hombre, así buscado por Dios! (SAN BERNARDO, Sermón I Dom. Adviento, 7).

Como nuestros pecados nos impiden en ocasiones dirigirnos a El, viene El a nosotros: viene a sembrar su palabra misericordiosa, y lo hace copiosamente (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. IV, p. 95).

Si recorréis las Escrituras Santas, descubriréis constantemente la presencia de la misericordia de Dios: llena la tierra (Sal 32, 5), se extiende a todos sus hijos, *super omnem carnem*. (Eclo 18, 12), se multiplica para ayudarnos (Sal 35, 8), y continuamente ha sido confirmada (Sal 116, 2). Dios, al ocuparse de nosotros como Padre amoroso, nos considera en su misericordia (Sal 24, 7): una misericordia suave (Sal 108, 21), hermosa como nube de lluvia (Eclo (35, 26) (SAN JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 7).

Debemos comprender, si no somos insensatos, los sentimientos de bondad de nuestro Padre; El nos habla, enseñándonos cómo debemos acercarnos a El, porque no quiere que le busquemos por caminos desviados (Epístola de Bernabé, 2).

El mismo Jesucristo, que conocía la malicia de los fariseos, condescendió con ellos para ganarlos, a semejanza de los buenos médicos, que prodigan más remedios a los enfermos más graves (SAN CIRILO, en *Catena Aurea*, vol. VI, p. 46).

¡Qué grande es la misericordia de nuestro Creador! No somos ni siervos dignos y nos llama amigos. ¡Qué grande es la dignidad del hombre al ser amigo de Dios! (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 27 sobre los Evang.).

La suprema misericordia no nos abandona ni aun cuando la abandonamos (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 36 sobre los Evang.).

En ocasiones, Dios no desdeña visitarnos con su gracia, a pesar de la negligencia y relajamiento en que ve sumido nuestro corazón [...]. Tampoco tiene a menos hacer nacer en nosotros abundancia de pensamientos espirituales. Por indignos que seamos, suscita en nuestra alma santas inspiraciones, nos despierta de nuestro sopor, nos alumbra en la ceguedad en que nos tiene envueltos la ignorancia, y nos reprende y castiga con clemencia. Pero hace más: se difunde en nuestros corazones para que siquiera su toque divino nos mueva a compunción y nos haga sacudir la inercia que nos paraliza (CASIANO, *Colaciones*, 4).

2. Acudir siempre a la misericordia de Dios. Confianza

Todos los que vivimos esta vida mortal tenemos nuestras aflicciones. Vosotros tenéis vuestras pesadumbres; pero cuando estéis afligidos y las olas parezcan elevarse y estar prontas a sumergeros, haced un acto de fe, un acto de esperanza en vuestro Dios y Salvador. Os llama Aquel que tiene su boca y sus manos llenas de bendiciones para vosotros. Dice: Venid a Mi todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré (Mt 11). Todos los que estáis sedientos—dice por su profeta—venid a las aguas... Nunca entre en vuestra mente la idea de que Dios es un amo duro, severo. Día llegará, es verdad, en que vendrá como justo Juez, pero ahora es tiempo de misericordia. Beneficiaos de él, aprovechad el tiempo de gracia. Mirad que ahora es el tiempo grato, mirad que ahora es el día de la salvación (CARD. J. H. NEWMAN, *Sermón para el Domingo IV después de Epifanía*).

...En los momentos de angustia he invocado al Señor... Libra, oh Señor, mi alma de los labios mentirosos, de las lenguas que engañan. ¡Señor!, me refugio en ti (Sal 119, 12 y Sal 7, 2). Conmueve esta insistencia de Dios, nuestro Padre, empeñado en recordarnos que debemos acudir a su misericordia pase lo que pase, siempre (SAN JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, Hom. *Lealtad a la Iglesia*, 4-6-1972).

Recordáis que el endemoniado dijo: ¿Qué hay entre ti y nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a destiempo para atormentarnos? (Mt 8). La venida de Cristo no era confortadora para ellos [...] Porque a los hombres les destina bienes y, sabiendo y sintiendo esto, los hombres son atraídos hacia El. No Irán a Dios hasta estar seguros de esto. Deben creer que es no sólo omnipotente, sino también misericordioso. La fe está fundada en el conocimiento de que Dios es omnipotente; la esperanza lo está en el conocimiento de que Dios es misericordioso. Y la presencia de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo nos mueve a esperar tanto como a creer, porque su nombre, Jesús, significa Salvador, y porque fue tan amante, dulce y bondadoso cuando estuvo en la tierra (CARD. J. H. NEWMAN, Sermón para el Domingo IV después de Epifanía).

No conviene a una Misericordia tan grande como la vuestra olvidarse de una tan grande miseria como la nuestra (SAN ALFONSO M. ^a DE LIGORIO, Visitas al Stmo. Sacramento, 16).

Pedid y recibiréis... (cfr. Mt 7, 7-8): lo repite para recomendar a justos y pecadores la confianza en la misericordia de Dios, y por eso añade: todo el que pide recibe; es decir, ya sea justo, ya sea pecador, no dude al pedir, para que conste que no desprecia a nadie [...]. No puede concebirse que Dios, cuando manda la gran obra de caridad de hacer bien a los enemigos, imponga a los hombres el deber de que hagan lo que El no hiciera, siendo bueno (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. 1, pp. 428-429).

Ninguno es suficientemente fuerte por sus solas fuerzas, sino que está seguro por la misericordia de Dios (SAN CIPRIANO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 360).

Para caer había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme, hallábame tan sola que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano (SANTA TERESA, Vida, 7, 8).

Te ves tan miserable que te reconoces indigno de que Dios te oiga... Pero, ¿y los méritos de María? ¿Y las llagas de tu Señor? Y... ¿acaso no eres hijo de Dios? Además, El te escucha «quoniam bonus..., quoniam in saeculum misericordia ejus»: porque es bueno, porque su misericordia permanece siempre (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 93).

De la misma forma que los cuidados del médico se manifiestan en los enfermos, así Dios se manifiesta en los hombres (SAN IRENEO, Trat. contra las herejías, 3).

¿Dónde me esconderé de Dios? ¿Dónde te esconderás, hermano? En su misma misericordia. Nadie puede huir de Dios más que refugiándose en su misericordia (SAN AGUSTIN, Sermón 351).

Mi único mérito es la misericordia del Señor. No seré pobre en méritos mientras El no lo sea en misericordia. Y porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos. Y aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (SAN BERNARDO, Sermón sobre el Cantar de los Cantares, 61).

3. El pecador y la misericordia divina

La profundidad del pozo de la miseria humana es grande; y si alguno cayera allí, cae en un abismo. Sin embargo, si desde ese estado confiesa a Dios sus pecados, el pozo no cerrará su boca sobre él [...]. Hermanos, hemos de temer esto grandemente [...]. Desdeñada la confesión de los pecados, no habrá lugar para la misericordia (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 68).

Dios, el pastor supremo y verdadero agricultor, es poderoso tanto para hacer volver a la oveja al buen camino, como para injertar el sarmiento desgajado (SAN AGUSTIN, Sermón 46, sobre los pastores).

No dudéis del perdón, pues por grandes que sean vuestras culpas, la magnitud de su misericordia perdonará, sin duda, la enormidad de vuestros muchos pecados (SAN JERÓNIMO, Coment. sobre el profeta Joel).

He aquí que llama a todos los que se han manchado, desea abrazarlos, y se queja de que le han abandonado. No perdamos este tiempo de misericordia que se nos ofrece, no menospreciemos los remedios de tanta piedad que el Señor nos brinda. Su benignidad llama a los extraviados, y nos prepara, cuando volvamos a El, el seno de su clemencia. Piense cada cual en la deuda que le abrumba, cuando Dios le aguarda y no se exaspera con el desprecio. El que no quiso permanecer con El, que vuelva; el que menospreció estar firme a su lado, que se levante, por lo menos después de su caída [...]. Ved cuán grande es el seno de su piedad, y considerad que tenéis abierto el regazo de su misericordia (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 33 sobre los Evang.).

El nos ha prometido el perdón de los pecados y no puede faltar a su palabra, ya que, al enseñarnos a pedir que sean perdonados nuestras ofensas y pecados, nos ha prometido su misericordia paternal y, en consecuencia, su perdón (SAN CIPRIANO, Trat. sobre la oración, 18).

Te contemplo, Señor, en aquel patíbulo en el que parecías hallarte sin auxilio alguno, y considero de qué manera envías delante a tu reino al buen ladrón en virtud de tu sublime potestad. Con esta elección nos enseñas de un modo bien manifiesto cuánto provecho has producido en los desamparados, de entre los cuales éste fue el primero que, coronado de gloria, fue constituido, en el mismo día, ciudadano del paraíso y amigo de la curia celestial (PSEUDOCIPRIANO, De cardinalibus operibus Christi).

(Dios a todos) los pecadores les promete misericordia para que se animen a levantarse (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 34 sobre los Evang.).

Consideremos cuán grandes son las entrañas de su misericordia, que no sólo nos perdona nuestras culpas, sino que promete el reino celestial a los que se arrepienten de ellas (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 19 sobre los Evang.).

Este cometió muchos pecados, y se hizo gran deudor; el otro hizo pocos por haberle llevado Dios de la mano. Si, pues, el uno le atribuye la remisión de los cometidos, atribúyale también el otro el no haberlos cometido (SAN AGUSTIN, Sermón 99).

Salió un sembrador a sembrar... Se acercó a nosotros vistiéndose de nuestra carne. Como no podíamos penetrar donde El se hallaba, porque los pecados oponían un muro a nuestro acceso, hubo de venir El a nosotros. Y, ¿a qué salió? ¿A destruir la tierra plagada de espinas? ¿A castigar a los labradores? De ningún modo. Salió a labrarla, a cuidarla y a sembrar la palabra de la piedad (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 44).

¡Qué cercano está Dios de quien confiesa su misericordia! Sí; Dios no anda lejos de los contritos de corazón (SAN AGUSTIN, Sermón 11).

No suelen los ricos ir a casa de los pobres, aunque tengan la intención de hacerles algún bien. Éramos nosotros los que teníamos que ir a Jesús; pero se interponía un doble obstáculo. Nuestros ojos estaban ciegos [...]. Nosotros yacíamos paralizados en nuestra camilla, incapaces de llegar a la grandeza de Dios. Por eso nuestro amable Salvador y Médico de nuestras almas descendió de su altura (SAN BERNARDO, Sermón I Dom. Adviento, 78).

4. María, Madre de la misericordia

Nadie ha experimentado como la Madre del Crucificado el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el «beso» dado por la misericordia a la justicia.

Nadie como Ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de madre, junto con su «fiat» definitivo. (JUAN PABLO II, Enc. Dives in misericordia, 9).

María, pues, es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también Madre de la misericordia: Virgen de la misericordia o Madre de la divina misericordia; en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico, porque expresan la preparación particular de su alma, de toda su personalidad, sabiendo ver primeramente a través de los complicados acontecimientos de Israel, y de todo hombre y de la humanidad entera después, aquella misericordia de la que «por todas las generaciones» nos hacemos partícipes según el eterno designio de la Santísima Trinidad (JUAN PABLO II, Enc. Dives in misericordia, 9).